

## LOS CARTEROS

Si un cargamento fuera cosa viva,  
si la palabra escrita trascendiera  
del papel que la seca y la defiende  
de su luz conceptual,  
si cada pliego lleno de expresiones  
particulares, tristes, entusiastas,  
pesara en oro fino lo que vale  
cada impulso allí impreso. ¿Es que podría  
cruzar con su costal indiferente  
las calles y dejar en mano ajena  
un hombre como tantos nuestra dicha  
o esa fulminación inverosímil  
que un rectángulo puede procurarnos  
cual polvorín silente?  
¿Podría soportar tanto albedrío  
un hombre solo, un alguien indefenso  
que no recela nada de la suerte  
que va sembrando? No.

Y en cambio lleva  
lo que todos esperan en su día  
recordar o borrar tardamente,  
una noticia escueta, una palabra,  
algo que si leyera equivocado

nuestro vecino apenas rozaría  
su humanidad un aire de extrañeza,  
pero que para mí tiene un sentido  
de inexorable.

Llegan como en vuelo  
de una diversidad de lejanías  
y van a dar cual leves voluntades  
a ese usado bolsón que en bandolera  
lleva sobre su espalda misteriosa  
un intruso inocente.

Paso a paso  
distribuye este hombre entretenido  
las nuevas que banales o apremiosas  
le han sido confiadas.

Pero un día  
deposita ese sobre que contiene  
con fiero laconismo el gran suceso  
de una generación; alguien descifra,  
una mujer velada y temblorosa:  
*Ariadna te amo.*

Y es que Nietzsche  
acaba de sumir su genio augusto  
en la locura eterna.

JUAN GIL-ALBERT

(Del libro inédito: **El ocloso y las Profesiones**)